

# LAS CIENCIAS SOCIALES EN AMERICA LATINA EN UNA MIRADA COMPARATIVA

GERÓNIMO DE SIERRA  
MANUEL ANTONIO GARRETÓN  
MIGUEL MURMIS  
HÉLGIO TRINDADE

## 1. CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO DEL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Del análisis comparado de las ciencias sociales modernas en los cinco países (Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay) analizados surge con bastante nitidez el hecho de que en forma similar a lo sucedido en otras regiones del mundo —incluyendo Europa— también en América Latina las ciencias sociales han tenido en su proceso de consolidación institucional, y en el énfasis de las diversas temáticas y contenidos abordados, una relación significativa con el contexto sociopolítico de cada país, pero también del conjunto de la región y el mundo, aunque bajo formatos bien diferentes entre sí. Más aún, puede decirse que su desarrollo tuvo —casi siempre— un vínculo fuerte y significativo con el contexto propiamente sociopolítico macro de cada país y también de la región.

Esa constatación —convergente con los análisis sociológicos e históricos del nacimiento y desarrollo de las ciencias sociales en Occidente— no excluye comprobar al mismo tiempo que dicha relación no ha tenido efectos uniformes sobre la actividad de las ciencias sociales. Por el contrario, pueden constatarse impactos de signo diverso, y hasta totalmente opuestos, según el país y el periodo de que se trate. Deben pues eludirse las miradas simplistas que muchas veces han predominado sobre el tema de la politización de las ciencias sociales (en adelante cs) latinoamericanas.

Formatos diferentes de la relación entre la consolidación científica de las ciencias sociales y los contextos sociopolíticos macro.

En Chile, Uruguay y Brasil las cs se fueron desarrollando en un contexto básicamente democrático, sin perjuicio de las crecientes tensiones sociales y políticas producidas por la crisis en aumento del modelo de crecimiento habitualmente llamado de “sustitución de importaciones” y el consecuente contexto de creciente movilización social. Disputa de proyectos de desarrollo que marcaron sin duda los caminos de las cs, pero en un marco de importantes libertades políticas.

En cambio en el caso de Argentina nos encontramos con la paradoja de que el impulso crucial de afirmación de las cs se dio en un contexto no sólo de agotamiento del modelo de “sustitución de importaciones”, sino en el marco dictatorial de la llamada Revolución Libertadora que desplazó a Juan Perón del gobierno. Lo particular fue que la dictadura pactó una cierta neutralidad con los científicos y dio una muy importante autonomía a la Universidad de Buenos Aires. Fue la época del rectorado de José Luis Romero —un historiador socialista— y del despliegue de la influencia de Gino Germani en la sociología.

Por su parte en el caso de México encontramos a su vez un formato claramente diferente a los dos anteriores. Desde la época del gobierno de Cárdenas —y bajo diversas formas— se fue configurando un sistema político con alta dosis de verticalismo y contexto autoritario; en realidad un régimen de cuasi partido único. Un estado fuerte y una sociedad con poca movilización y desarrollo de ciudadanía efectiva, pero en la cual el gobierno apoyó sistemáticamente con fondos públicos el desarrollo de las cs. Primero la antropología y luego la sociología y demás Ciencias Sociales.

Mirando a los tres países más grandes, vemos que durante la etapa fundacional el desarrollo de las cs se fue haciendo efectivo, llegando a niveles destacados, bajo formatos políticos netamente distintos. En todos la interacción con el marco político fue significativa, pero la diversidad de caminos de influencia e interacción con las cs no permite hacer simplificaciones.

También en este periodo o etapa encontramos formatos diversos según los países.

En los casos de Chile, Uruguay y Argentina la política de los gobiernos militares fue duramente represiva respecto a los núcleos e instituciones preexistentes en materia de cs, pero eso abrió espacio para el desarrollo —o consolidación en algunos casos— del formato llamado de *centros independientes*, que fue básicamente exitoso como

modo de preservación y desarrollo del nivel científico. Se trata de una situación paradójica extrema. Si bien existió un muy importante y sistemático apoyo financiero externo para la investigación en estos centros, lo cierto es que en los tres países las cs y los científicos sociales lograron preservar —y en muchos casos aumentar— su productividad y aportación al conocimiento científico original de la realidad de sus países. Las restricciones políticas acotaron los temas posibles de ser estudiados, pero hay amplio consenso en que —contrariando lo que podían ser hipótesis *a priori* plausibles— el balance global fue ampliamente positivo.

En el caso de Brasil se observó una variante de formato dentro de los contextos fuertemente autoritarios. En efecto, la temprana dictadura brasileña (1964) aplicó sin duda restricciones a las temáticas abordables, y destituyó a muchos profesores de las universidades públicas, pero al mismo tiempo fijó —en el marco de su estrategia de *desarrollismo conservador*— una política de claro apoyo al crecimiento de las cs en las múltiples universidades federales. En especial mediante el impulso al nivel de posgraduaciones y su creciente financiación, permitió que se constituyera y consolidara una de las más calificadas academias de cs de América Latina. Y que éstas se afirmaran en varias regiones del país, contrapesando el tradicional predominio del eje São Paulo-Río de Janeiro. Al mismo tiempo se fundaron también algunos *centros independientes* de significación, pero con menor peso relativo ante el conjunto que en los casos de Chile, Argentina y Uruguay.

En la que hemos llamado en este trabajo segunda etapa posfundacional, el caso de México presenta de nuevo importantes diferencias de formato. Teniendo como vimos un régimen político de *cuasi* partido único y fuerte control social, no pasó por la etapa de golpes militares. Al contrario en este periodo se va produciendo un lento avance hacia una mayor democratización y aumento de la movilización ciudadana, pero ello coexiste con una cierta crisis en el modelo de cs vigente. Si bien éstas se expanden mucho cuantitativamente —especialmente con la creación de nuevos centros universitarios de cs en todo el país— se ven afectadas por una creciente ideologización y un relativo debilitamiento de la investigación en sentido estricto. A diferencia de los otros países considerados no se asiste en este caso al desarrollo de los llamados *centros independientes* de cs con base en financiamiento externo al país.

Cabe señalar la importancia que tuvo para las CS en México —en este periodo— la inmigración masiva de científicos sociales calificados que venían huyendo de las dictaduras del Cono Sur. Una forma sin duda imprevista de impacto positivo de la interferencia política en la región. En cierto modo se repitió el fenómeno de fines de los años treinta, cuando llegaron a México muchos intelectuales españoles refugiados del franquismo.

Básicamente el contexto macro político e institucional se democratiza en todos los países, creándose un clima de mayor libertad académica, retorno del exilio de muchos científicos sociales, crecimiento de los acuerdos de cooperación académica con instituciones de Europa y Estados Unidos, etc. Sin embargo ello no implica en todos los países una mejoría sistémica de las CS ya sea en el contexto universitario como privado, o de los *centros independientes*, aunque sí se mantuvieron en general ciertos niveles básicos de calidad.

Cada país presenta variantes según el aspecto que se analice. Si miramos hacia los *centros independientes* se constata en casi todos un fuerte decaimiento de su papel científico ya sea por la emigración de cuadros hacia las universidades o los gobiernos, ya sea por su conversión en empresas consultoras como forma de paliar la caída drástica de ingreso de los fondos externos que llegaban durante el periodo de las dictaduras militares.

A su vez en ciertos países —como Chile y en menor grado Argentina y Brasil— se produce un fuerte desplazamiento de científicos sociales calificados desde la academia hacia los nuevos equipos gubernamentales posdictaduras. En muchos casos eso debilitó los mecanismos de reproducción de nuevas generaciones de científicos sociales en las universidades y centros de investigación.

Por otro lado en casi todos los países se produjo una fuerte expansión del número de estudiantes en CS, fenómeno no acompañado en igual medida por aumentos presupuestales de las universidades públicas. Esto generó masificación y tendencia a la baja de calidad en muchas universidades públicas, por ejemplo en México y Argentina donde no existen cupos de ingreso. Fenómeno diferente se da en Brasil y Chile donde sí existe selección y cupos máximos, aunque en Brasil la enseñanza superior pública en CS sigue siendo gratuita, lo que no se da en Chile.

Merece mencionarse un proceso específico de este periodo histórico en varios de los países considerados: la expansión de la presencia

educativa e investigativa de instituciones académicas europeas y norteamericanas que pasan a operar *in situ*, a menudo ofreciendo paquetes *llave en mano*. Si bien aumentaron también los acuerdos de tipo horizontal, el fenómeno antes mencionado parece tener tendencia a aumentar, lo que una vez más presenta efectos no esperados de la apertura política sobre el desarrollo local de las ciencias sociales.

El recorrido hecho por las cs de América Latina estuvo siempre fuertemente ligado al análisis de los problemas concretos —macro o micro, según los periodos y países— así como a la voluntad de los científicos sociales de incidir sobre dichos problemas. Ello propició casi siempre una mayor incidencia relativa en la academia de los niveles ideológicos del discurso, así como una tendencia a una importante vinculación —afirmativa o contestataria— del trabajo de las cs y sus cultivadores con la política, los partidos y los gobiernos.

El hecho de que la sociedad y la política en la mayoría de los países haya pasado por fuertes crisis, ha dado un carácter más visiblemente dramático en América Latina a lo que, con diversas tonalidades, ha sido en realidad una constante de las ciencias sociales occidentales modernas desde su nacimiento. Y ello sin desmedro de la consolidación de su carácter de cs con capacidad de análisis teórico-empírico diferenciado de la filosofía de la historia y del ensayismo más o menos erudito.

Hemos visto que según el país y el periodo, en América Latina esa imbricación casi constante con el contexto sociopolítico, convivió con periodos de auge o declinación en la calidad del producto científico final del trabajo de las cs, llegando a configurarse justamente algunas de las paradojas que ya hemos señalado.

Dentro de ese marco general la evidencia empírica nos ha mostrado sin embargo la existencia de una gran variedad de maneras y estilos de hacerse efectiva esa relación.

En la fase fundacional —y aun en la siguiente— los científicos sociales tendían a ejercer su profesión básicamente en un ámbito académico, y su relación con la política fue predominantemente opositora y crítica con las políticas gubernamentales; y a menudo propiamente contestatarias, con vínculos personales con los movimientos sociales o partidarios. Dicho formato estuvo propiciado —según el país— tanto por las corrientes de matriz marxista como por aquellas vinculadas al humanismo cristiano de corte progresista.

En el periodo dictatorial el estilo de contestación política fue diferente dada la represión existente, pero aun desde un perfil con

muy fuerte énfasis en el carácter técnico-científico del trabajo, algunas facultades, y en especial los *centros independientes*, de todos modos se constituyeron de hecho en fuertes referentes analíticos y éticos de la lucha contra el autoritarismo y así lo reconoció la ciudadanía y las elites políticas en las etapas de transición. Baste citar algunos pocos ejemplos elocuentes, como la FLACSO y SUR en Chile, CEBRAP y CEDEC en Brasil, CISEA y CEDES en Argentina, CIEDUR y CIESU en Uruguay.

Ya en los contextos posdictatoriales puede observarse un fuerte “desplazamiento de lugar” en la recurrente conexión entre los científicos sociales y la política. Un número importantes de los más calificados —quienes a menudo habían desempeñado un papel activo en la transición o desde el exilio— pasaron a ejercer cargos o asesorías importantes en los gobiernos de la fase democrática. El cambio de lugar y orientación no modifica el hecho de la relación directa con la acción política. De la mirada desde la sociedad y frecuentemente desde la contestación, hasta la mirada desde la gestión gubernamental o la tecnoburocracia, el camino fue más o menos largo según la orientación de cada científico y de cada gobierno, pero lo importante a señalar es la constante de esa imbricación con la política activa de muchos científicos sociales de alto nivel. De una larga lista de casos, baste señalar los dos más emblemáticos y conocidos: Fernando Enrique Cardoso y Ricardo Lagos. Ambos fueron destacados académicos y activistas políticos de orientación de izquierda; ambos sufrieron efectos de las dictaduras; ambos fueron luego políticos activos, ministros y presidentes. Pero la lista, sólo de sociólogos y politólogos, que pasaron a prestar sus servicios en los cuadros gubernamentales de Chile, Argentina y Brasil es tan numerosa como imposible de ser reproducida aquí. Ni qué decir si se tratara de incluir también a los economistas, antropólogos, etcétera.

Un formato sin duda bien diferente es el de los científicos sociales en México, donde el régimen priista mantuvo siempre una delicada dialéctica entre autonomía académica, represión directa o semidirecta para casos particulares, y políticas de cooptación a través de diversos mecanismos gubernamentales y culturales. Pero también en México la relación significativa entre política y ciencias sociales fue una constante en los periodos estudiados.

Una mención especial debe hacerse a la fuerte marca que ejerció sobre las cs de América Latina el contexto político e ideológico regional y mundial, especialmente desde los años sesenta. El auge de

la guerra fría, el impacto de la Revolución cubana, con sus correlatos de la invasión en Bahía de Cochinos y la crisis de los misiles, la atracción ejercida por los modelos de desarrollo llamados en la época de "economía centralmente planificada", el lanzamiento por Estados Unidos de la Alianza para el Progreso pero también de fuertes acciones desestabilizadoras de gobiernos electos, la proliferación de movimientos guerrilleros de izquierda, y la expansión de la llamada Iglesia posconciliar, etc., son todos procesos e ideologías que dieron un contexto muy particular a la relación entre ciencias sociales y política. En ciertos contextos ello no fue obstáculo para la consolidación de análisis de alto nivel científico. En otros casos el efecto fue inverso, llegando a ideologizar en gran medida la actividad intelectual y empobrecer el nivel científico predominante.

## 2. PREHISTORIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANAS INSTITUCIONALIZADAS

La institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales estuvieron precedidas por modalidades de trabajo y de reflexión en las áreas correspondientes, que serán diversamente evaluadas en cada uno de los países examinados. Propias del periodo que bautizamos "prehistoria", hemos elegido tres de ellas: las cátedras académicas, el pensamiento político junto a la literatura crítica y, por último, el conjunto formado por la investigación de estudiosos independientes y de funcionarios estatales.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX se crearon cátedras de sociología o de ciencia social en todos los países cubiertos por nuestro estudio. Fueron el punto de partida de un proceso de institucionalización, o al menos de institucionalización parcial, en la medida en que implicaban el reconocimiento de las ciencias sociales como áreas del conocimiento dignas de ser incluidas en el sistema académico. Las cátedras estuvieron incluidas inicialmente en campos profesionales como el derecho o la filosofía y, más tarde, en economía o educación. La primera cátedra de sociología, fue establecida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en 1898.

Las cátedras fueron sólo una de las formas de estudio de la sociedad. Encontramos paralelamente otras dos, que a menudo las prece-

dieron: las interpretaciones y propuestas de políticos y pensadores junto a obras literarias que reflejaban problemas sociales.

Presentes desde mucho antes, las cátedras adoptaron más sistemáticamente, a fines del siglo XIX, modelos teóricos como el positivismo (en Chile, Lastarria primero y luego Letelier) y el socialismo; respondían también a la preocupación por la cuestión social, en el caso de la Iglesia como consecuencia de la encíclica *Rerum Novarum*.

Los académicos, pese a serlo, no crearon cátedras formalmente definidas como sociológicas o pertenecientes a las ciencias sociales, pero encontramos estos términos en otras áreas: por ejemplo en el diario argentino *La Montaña* que se definía en 1897 como "socialista revolucionario" y publicaba una sección permanente, titulada "Estudios sociológicos", en un lugar prominente. En otros casos la relación de lo que por entonces se denominaba sociología y la política fue tan estrecha que el escritor Mario de Andrade pudo afirmar que la sociología era el arte de salvar rápidamente a Brasil.

Al lado de las cátedras académicas y las interpretaciones politico-culturales es necesario tener en cuenta una tercer área: los estudios de intelectuales y funcionarios técnicos del estado, con un rico contenido empírico sobre aspectos específicos de la vida social. Los encontramos tempranamente, germen de un significativo volumen de estudios antropológicos, en Uruguay, con Antonio Díaz, un español muy activo durante el siglo XIX. Esta tradición será mantenida en el siglo XX por numerosos estudiosos, entre ellos el argentino-catalán Juan Biale Massé, que llevó a cabo un amplio y penetrante informe sobre la condición de la clase obrera encargada por el gobierno para redactar un código del trabajo.

Veamos ahora más detalladamente la evolución de estas tres modalidades en el siglo XX.

En Argentina, la primera cátedra —en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires— se interrumpirá para reiniciar su actividad en 1905, y en 1912 se creaba una segunda en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata; el movimiento se desplazó luego hacia el interior del país, a las universidades de Córdoba y del Litoral. A principios del siglo XX tenemos una en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, seguida por otras en las facultades de Ciencias Económicas. En la década de 1920, la Universidad Nacional del Litoral dará un paso importante hacia la institucionalización con un doctorado en ciencias políticas, aunque

hay que notar que estaba dedicado más al estudio de ramas del derecho —público e internacional— que hacia una ciencia política propiamente dicha. Análogamente, las facultades de Derecho se denominaron frecuentemente “de Derecho y Ciencias Sociales” sin que eso supusiera una atención especial a las segundas.

El proceso de institucionalización parcial culmina en 1940 con la creación del Instituto de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Buenos Aires.

Si bien existían en 1940 50 cátedras en diferentes facultades chilenas, el proceso había comenzado más tardíamente. No las propondrá Valentín Letelier, ferviente partidario de los análisis sociales, pese a ocupar posiciones de poder en el mundo académico: miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Derecho y presidente de la Universidad. La resistencia a la sociología era considerable, y vemos así que otro importante intelectual, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, que trabajó en Chile, vio fracasar sus esperanzas de reavivar el estudio del derecho a través de la influencia de la sociología. El proceso fue aún más tardío en Brasil pero tuvo la particularidad de extenderse en todo su territorio. Aunque apenas en 1933 aparece una cátedra de sociología, en la Escola Livre de Sociologia e Política de São Paulo, la disciplina había adquirido una imagen pública suficientemente importante como para ser incluida en el currículum de la Escuela Militar. El carácter tardío y la peculiaridad del proceso de institucionalización brasileño permiten afirmar que la Escola fue el comienzo de la plena institucionalización de la disciplina.

La primera cátedra de sociología de Uruguay (1913) fue una cuestión pública pues debió ser creada por vía parlamentaria para satisfacer los requisitos para la creación de cátedras universitarias y su creación fue refrendada por decreto presidencial, en la Facultad de Derecho. Para Ernesto Campagna, mientras que en Uruguay la sociología estuvo bajo la influencia de sus relaciones con áreas del derecho, nació en Argentina asociada a la historia y fue autónoma en Brasil. Esas diferencias serán decisivas tanto para la profesionalización de la disciplina como para su capacidad de resistencia ante cambios políticos.

Conviene aclarar que la mayoría de las cátedras se limitaban a presentar ordenadamente diversas teorías, sin proponerse realizar investigaciones —en particular sobre aspectos específicos de la vida social—. Otras disciplinas, presentes en la universidad o en institu-

ciones del nivel terciario de formación docente, introducirán nuevas orientaciones en ciencias sociales que llenarán el vacío dejado por esas cátedras. En una etapa posterior a la del predominio del derecho, le tocó a la historia tener ese papel en Uruguay, mientras que la economía estructuralista será una poderosa fuerza intelectual en Chile, y aun fuera de sus fronteras.

La segunda fuente mencionada —el pensamiento político y las obras literarias— estuvo presente desde el comienzo de las sociedades y los estados nacionales: examinaremos aquí sólo los aspectos referidos a la vida social en años relativamente recientes.

Hacia fines del siglo XIX, tras un largo periodo de preponderancia de los “bachilleres”, formados en Coimbra y luego en Brasil, emergieron intelectuales que competían con los profesionales establecidos. Los integrantes de la llamada generación de 1870 tomarán posiciones colectivas, reivindicando el liderazgo moral de la nación y procurando crear una nueva imagen del país y de su futuro. Fueron testigos de la represión de los Canudos y produjeron una “literatura de la ira”. Los hijos de la nueva burguesía urbana ingresaron en los centros de educación superior y asumieron el desafío de construir una nación a través del estado; la sociología inspirará así una serie de obras relacionadas con la reforma pedagógica del ministro Botelho de Magalhães —el militar que introdujo la enseñanza de la sociología en la Escuela Militar—. Durante el periodo 1920-1945, por fin, la derrota final de los “bachilleres” permitió la expansión de una forma de ciencias sociales *avant la lettre* que abrió el camino a una institucionalización plena.

En Uruguay, eminentes intelectuales llegaron a mediados del siglo XIX a las ciencias sociales guiados por su preocupación por encontrar nuevas maneras de comprender la acción política y social; cerca de nosotros, Carlos Quijano, respetada figura que dirigía el periódico *Marcha*, será reconocido como maestro e inspirador desde fines de la década de 1960 hasta los años setenta.

No hay que olvidar, sin embargo, que la militancia podía entrar en conflicto con el conservadurismo de las cátedras, como lo muestra el caso de Alfredo L. Palacios, futuro primer diputado socialista en América Latina: a principios de siglo la facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Buenos Aires rechaza su tesis de doctorado sobre la situación de la clase obrera.

Nos queda por examinar la tercera vía de abordaje, emprendida por investigadores independientes y técnicos vinculados con el apa-

rato estatal. Sus estudios combinaban preocupaciones teóricas y trabajo de campo. Este segundo aspecto, más allá de su valor en tanto contacto directo con la realidad social, tuvo una significación especial porque su estilo de trabajo daba un papel central a la cuestión de la verificación. Pueden distinguirse aquí, dos tipos: los informes que respondían a demandas de organismos públicos y los estudios de investigadores independientes. Un ejemplo notable del primero, de 1904, es el de Juan Bialeto Massé (inmigrante catalán que se había distinguido en diferentes disciplinas, cargos públicos y actividades empresariales); encargado por el ministerio del Interior para redactar un código de trabajo, Bialeto Massé presenta un informe sobre la situación de los trabajadores del interior del país basado en un prodigioso trabajo de campo. Las preocupaciones ministeriales darán lugar a estudios sobre tipos de trabajo en diferentes zonas del país, como los realizados algunas décadas más tarde por L. Niklison, inspector del Departamento de Trabajo. Cabe mencionar, en este conjunto, la descripción de la situación de los trabajadores de la producción de yerba mate, a la que un investigador independiente, J. B. Ambrosetti, dedicó varios años. Estos estudios no tuvieron influencia en las ciencias sociales, con la excepción, en algunos casos, de los estudios antropológicos.

También fueron investigadores independientes, en Chile, el sacerdote Guillermo Viviani y un pensador anticatólico, Agustín Venturino: sus síntesis sociológicas estuvieron más cercanas a los campos de la disciplina que la mayor parte de los trabajos producidos desde las cátedras públicas.

La antropología uruguaya es, en cambio, un caso notable de investigación intensa y prolongada dirigida por las instituciones académicas. Al ya mencionado investigador español Díaz le siguieron figuras fundadoras como Eduardo Acevedo Díaz —importante político que ocupó posiciones gubernamentales— y José Figueira, ambos activos en la década de 1890; en la década de 1960, cuando no existía enseñanza académica de la antropología, A. R. Castellanos y E. F. Campal publican sus investigaciones sobre el Uruguay rural.

También en Brasil, estudios y proyectos de investigación, que sólo más tarde se localizarán en instituciones académicas, tuvieron su origen en una institución estatal, el Consejo para la Protección de los Pueblos.

Puede incluirse en este tercer tipo de actividades pioneras, fuera del ámbito académico y de las corrientes de pensamiento político, a

las contribuciones de los economistas estructuralistas, poderosa corriente desarrollada en Chile por economistas de diversas nacionalidades miembros de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL): será una importantísima fuente de inspiración para investigadores en la mayor parte de nuestros países.

Los tres tipos de actividades de la "prehistoria" estuvieron fuertemente influidos por corrientes provenientes de las disciplinas madres, europeas o norteamericanas. Sin pretender una presentación completa mencionaremos ahora las teorías que tuvieron mayor significación. El positivismo, doctrina predominante a fines del siglo XIX tanto en su versión comteana como saintsimoniana, fue indudablemente una teoría inspiradora al iniciarse los estudios sociales, además de constituir la inspiración esencial del proceso de organización nacional del Brasil. Las corrientes antipositivistas emergerán muy pronto, con la "filosofía del espíritu" de V. Cousin y "el espíritu de los pueblos" de los pensadores alemanes. Se expandieron asimismo enfoques idealistas que constituyeron poderosos obstáculos a la investigación empírica, tanto como lo fuera, en los hechos, el construccionismo enciclopédico de los positivistas, mientras que el socialismo y variantes del marxismo fueron, en cambio, ampliamente utilizados para la investigación y la interpretación social. La obra de Ward introducirá, a comienzos del siglo XX, la influencia norteamericana. Pese a la incorporación en los currícula de Durkheim y otros autores contemporáneos, la investigación empírica con aspiraciones teóricas siguió siendo muy escasa y limitada.

La importancia de los contactos e influencias internacionales en el futuro de las ciencias sociales nos lleva a echar una mirada retrospectiva, que indica la precoz presencia de científicos extranjeros en nuestros países. En 1830, por ejemplo, el gobierno chileno contrataba al naturalista francés Claudio Gay para organizar, a partir de datos reunidos por expediciones, la sección etnológica del Museo Nacional. En Brasil, esos contactos tomaron la forma de "misiones" —francesas y norteamericanas—, decisivas para la aparición e institucionalización de las disciplinas sociales. Los vínculos forjados alrededor de 1940 por R. Levene, el historiador-sociólogo que dirigía el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, son un interesante antecedente; su sucesor, A. Povina, intentará además, sin éxito, fundar un Instituto Panamericano de Sociología vinculado con sociólogos norteamericanos y con el Institut International de Sociologie.

¿Hasta qué punto estos antecedentes sirvieron efectivamente como base del proceso de institucionalización y profesionalización de nuestras disciplinas? La respuesta exige contemplar las importantes diferencias entre los países que estudiamos, cada uno con pautas específicas en cuanto a continuidad, cambio y rupturas históricas. Tenemos en un extremo a Brasil, que siguió un camino de acumulación del conocimiento y de continuidad institucional similar al de México, y, en el otro, a Chile y Argentina, donde el corte con las formas precedentes, especialmente en sociología, marcó el momento de profesionalización y de plena institucionalización. Uruguay ocupa una posición intermedia: científicos sociales formados en el periodo anterior participarán en las nuevas instituciones; no siempre propulsores de los cambios, se incorporaron y ampliaron su estilo intelectual, como lo muestran dos casos eminentes, los de Aldo Solari y Carlos Real de Azúa.

En la fase inicial de la disciplina los países difieren, lo vimos, en cuanto al grado de vinculación entre la reflexión sobre la sociedad y el trabajo de campo; ese vínculo, determinante en su evolución, fue máximo en México y prácticamente inexistente en Argentina.

En su esquema sobre la evolución de la antropología brasileña, Roberto Cardoso de Oliveira sugiere que en un primer estadio, el estadio heroico, emergieron y se consolidaron figuras carismáticas que son típicas del segundo estadio y que impulsarán el pasaje al tercer estadio, el de su institucionalización y organización burocrática. La caracterización de estos estadios es de especial interés para una mirada comparativa sobre la Argentina: aquí no existe, ni en sociología ni tampoco en antropología ese tipo de relación con las figuras del estadio heroico. La obra de Bialek Massé, por ejemplo, estará ausente en la fase de institucionalización. Añadamos, en el mismo sentido, que la versión académica de la sociología (conocida en América Latina como la "sociología de cátedra") ignoró los estudios basados en trabajo de campo; si E. Quesada, uno de esos catedráticos, manifiesta por ellos algún interés, aconseja la máxima prudencia a sus estudiantes puesto que, advierte, ejecutados fuera de cualquier enfoque sistemático, tales estudios pueden ocultar y arrastrar cuestiones políticas.

Esa ausencia de vínculos viene, entonces, desde mucho antes, y cabe señalar que los escritos políticos contribuyeron frecuentemente a la comprensión de la vida social más que los producidos por los catedráticos.

¿En qué medida estos antecedentes representan más que una simple referencia histórica y, a la manera de los clásicos, pueden guiar a los científicos sociales contemporáneos? ¿Cuándo es más rica y eficaz la construcción de las ciencias sociales, cuando sigue una pauta de continuidad o cuando rompe tajantemente con el pasado?

Nuestra presentación de la fase de institucionalización completa y profesionalización está organizada en torno de estos dos interrogantes.

Acerquémonos ahora al tema del mercado de trabajo con el que se conectan los profesionales de distintos niveles generados a través del proceso de institucionalización. El encuentro entre trabajadores calificados con formación universitaria y un mercado de trabajo que les ofrece ocupación es lo que permite la profesionalización de las disciplinas mismas.

Como ya vimos, el grado de especialización fue diverso en las primeras etapas, lo que es pertinente para caracterizar al profesional que la universidad prepara. Mientras en Brasil se mantiene durante un largo tiempo el diploma en ciencias sociales, en los otros países se pasa desde un comienzo al diploma en disciplinas específicas. La universidad produce en un primer momento profesionales especializados. En un segundo momento va agregando a esta oferta la diferenciación según nivel de titulación, al introducir las maestrías y los doctorados, que representan una oferta estratificada en el mercado de trabajo. Mientras en Brasil la formación superior es temprana, en los otros países sólo se generaliza en la última década. Es interesante consignar que un estudio hecho en Brasil muestra que el doctorado sólo mejora las remuneraciones académicas marginalmente.

Durante un largo periodo los profesionales de mayor calificación estudiaban en los países centrales y, tal como se ve en el párrafo sobre internacionalización, una forma central de conexión con los países centrales ha sido precisamente la de generar profesionales altamente calificados en el extranjero o en programas conjuntos en cada país.

Otra diferenciación que se va dando en el cuerpo de profesionales universitarios es la que existe entre los preparados especialmente para la docencia, los formados para la investigación y los formados para el trabajo aplicado.

Al generar la universidad una masa de profesionales, genera al mismo tiempo el mercado de trabajo para la ocupación de estos profesionales ya que a lo largo de todos los periodos la universidad

es, casi siempre, el principal empleador de los nuevos profesionales. Es precisamente en este terreno, en el del mercado de trabajo, donde se dan importantes cambios a medida que avanza el periodo que estudiamos. Así, en Brasil el porcentaje de egresados que trabajan en el sistema universitario va descendiendo con el paso de los años.

Una primera extensión del mundo profesional se da cuando surgen instituciones como el Conicet en la Argentina o el CNPq en Brasil o el SIN en México, que financian actividades de investigación: la profesión de científico social investigador se va constituyendo con mayor o menor conexión con la universidad y la enseñanza según los países.

Otra temprana extensión del mercado de trabajo es la generada por la demanda del estado. En México el comienzo de la investigación institucional se da a través de una institución estatal: más aún esta institución está basada en el contacto personal de un investigador, Manuel Gamio, con el presidente, Venustiano Carranza.

Agencias estatales ligadas a programas generales como la programación o a áreas especiales como la salud, la educación, el desarrollo urbano, el desarrollo rural o el empleo pasan a utilizar graduados de las carreras de ciencias sociales. Este tipo de ocupaciones a veces es compatible con el mantenimiento de responsabilidades docentes en universidades o institutos terciarios. También ocurre que la práctica de las disciplinas en forma aplicada genere interesantes productos desde el punto de vista de la investigación.

Estamos tocando aquí un tema muy importante para caracterizar el mercado laboral propio de estas profesiones. Nos referimos al hecho de que las pobres remuneraciones dan lugar frecuentemente a fenómenos de pluriocupación. Brasil logró mantener durante largo tiempo un sistema universitario capaz de dar ocupación con remuneración aceptable a sus profesionales, mientras que en los otros países de la región esta situación es poco frecuente. En la Argentina el promedio de profesores universitarios con dedicación plena es de 14%, si bien en la Facultad de Ciencias se acerca al 80 por ciento.

Además, la existencia en el mercado de algunas ocupaciones bien remuneradas da lugar a fenómenos de dualismo muy marcados. Esto ocurre cuando los profesionales consiguen trabajar en institutos de investigación con financiamiento extranjero o cuando ocupan en agencias públicas puestos también financiados por fondos extranjeros. Esta estratificación del mercado no siempre coincide con diferenciales de calificación.

La existencia de distintas demandas en el mercado de trabajo se conecta con una diferenciación entre entidades de enseñanza. En Chile, a partir de la época de la institucionalización se dio un proceso de diferenciación entre las líneas de formación de los profesionales, según instituciones. Mientras la Universidad de Chile dio especial importancia a la formación de profesionales capacitados para realizar estudios empíricos cuantitativos, la Universidad Católica privilegió orientaciones teóricas y los capacitó para la intervención social de sus egresados y la FLACSO se concentró en posgrados disciplinarios para el trabajo teórico y metodológico cuantitativo.

Casi desde los comienzos de la institucionalización surgen ocupaciones en empresas privadas. En algunos casos, los propios profesionales organizan empresas que asumen actividades nuevas con las cuales su formación tiene algún tipo de contacto. Nos referimos a las empresas de estudios de mercado y de estudios electorales. Esas actividades ocupan a estudiantes y graduados jóvenes como encuestadores y a graduados con más experiencia como analistas. Algunos dirigentes de este tipo de empresa, que son profesionales en ciencias sociales, alcanzan visibilidad televisiva y periodística, lo cual también les permite valorizarse en el mercado.

Otra área de creciente importancia en el mercado laboral de las ciencias sociales durante los diversos periodos ha sido la actividad en entidades de bien público, en particular en las llamadas organizaciones no gubernamentales. Estas organizaciones están presentes en áreas muy variadas de la vida de nuestros países, trátase del medio ambiente, del desarrollo rural o de los programas de trabajo para sectores en situación de precariedad. En general, sus salarios no son altos, pero su actividad es de interés para graduados jóvenes con sentido de responsabilidad social.

También tienen una larga trayectoria instituciones latinoamericanas internacionales como FLACSO, presentes en varios países del área y dedicada a la enseñanza y la investigación.

A estas oportunidades laborales accesibles para científicos sociales de limitada calificación se suman las que ofrecen ocupación a profesionales de nivel de calificación alto. Éste es el caso de los centros de investigación privados, en general financiados por fundaciones o proyectos extranjeros fundamentalmente como respuesta a los golpes militares de Argentina, Brasil, Chile, Uruguay. Estos centros, entre los que casi al azar se pueden citar Cebrap, en Brasil, Cieplan en

Chile, Cedes en Argentina y Ciesu en Uruguay crecieron en momentos de represión y discriminación en las universidades y se mantuvieron, aunque con menor actividad, ante el restablecimiento de gobiernos constitucionales. Cabe señalar que en algunos se trató de centros preexistentes y con orientación ideológica explícita como los Equipos del Bien Común del Uruguay.

Esta referencia nos lleva a un punto de gran interés para analizar el proceso de profesionalización y de desarrollo del mercado de trabajo. Los centros que acabamos de mencionar surgieron ante una interrupción violenta del funcionamiento regular del mercado de trabajo. Esto muestra que el proceso de extensión del mercado del que veníamos hablando, no fue un proceso lineal. Los avatares de las economías nacionales afectaron a ese mercado, así como las políticas predominantes que, al ser desarrollistas o populistas, generan puestos de trabajo para los profesionales en ciencias sociales y, al ser neoliberales, los destruyen. A su vez los golpes militares y las políticas represivas tienen un doble efecto sobre ese mercado. Por un lado, desplazan, exilian y aun matan a muchos profesionales ocupados en las universidades y en el estado. Al mismo tiempo, destruyen instituciones públicas y privadas en que trabajaban profesionales de ciencias sociales. Paradójicamente, la represión generó en muchos casos un ambiente que hizo posible, por reacción, que se crearan instituciones que agruparon científicos sociales y les permitieron desarrollar tareas de investigación y en algunos casos de docencia. El papel de los fondos extranjeros fue decisivo en este terreno, si bien hubo nuevos centros que perduraron sin ese tipo de apoyo.

Al mismo tiempo la época de las dictaduras, que sigue a un momento de gran militancia representa un cambio cuantitativo y cualitativo de las búsquedas de inserción de los profesionales. Nuevas formas de hacer política incluyen contactos con sectores populares para los cuales los científicos sociales pueden hacer aportes. En la mayoría de los casos estos aportes no tienen contraprestación monetaria, pero también existieron fenómenos de profesionalización en la actividad política en los cuales la formación en ciencias sociales constituía un componente descable. Luego de estas experiencias y de los intentos de combinar la preocupación analítico-teórica con la militante y la académica se ha difundido un perfil de científico social muy preocupado por su conexión con actividades profesionales rentables.

La expresión más completa del proceso de profesionalización está en marcha en varios de nuestros países. Se han establecido organismos de matriculación profesional en Argentina y en Brasil, con la perspectiva de establecer el requisito del título profesional para el desempeño de tareas propias de las ciencias sociales.

Si pensamos en la prehistoria de las disciplinas, con sus cátedras en manos de abogados y con su inexistencia de científicos sociales, la situación actual resalta por la presencia de graduados en ciencias sociales, con distintos niveles de titulación y calificación, en un mercado de trabajo altamente diferenciado. El avance del proceso de profesionalización ha sido marcado.

### 3. INSTITUCIONALIZACIÓN, INTERNACIONALIZACIÓN Y PROFESIONALIZACIÓN

El análisis transversal de los procesos de institucionalización, internacionalización y profesionalización de las ciencias sociales en América Latina en el periodo analizado —aunque presenten patrones nacionales diferenciados en los países estudiados—, muestra significativas convergencias transnacionales.

La primera convergencia deviene del hecho de que, en la época en que se fundaron, en la década de 1930, las primeras instituciones, universitarias o no ligadas a las ciencias sociales, en México, Brasil y Argentina, había una coyuntura de importantes cambios políticos y sociales.

La radicalización posrevolucionaria en México, durante el régimen de Cárdenas, influyó en los conflictos ideológicos en la primera década del Instituto de Investigaciones Sociológicas (1930-1939), pero, a partir de la década de 1940, con la creación de la *Revista Mexicana de Sociología* por Mendieta y Núñez, así como la fundación de El Colegio de México (1940), se volvieron decisivos para la institucionalización de las ciencias sociales y de la historia.

En Brasil, la fundación de la Escuela Libre de Sociología y Política (ELSP) y la Universidad de São Paulo (USP), entre 1933-1934, fue la respuesta de la elite paulista a la Revolución de 1930 que la había alejado del poder nacional. En el mismo año se creó la Sociedad Paulista de Sociología. En Río de Janeiro, la Universidad del Distrito Federal (UDF), estableció en 1935, las bases institucionales para el

desarrollo de las ciencias sociales, pero fue cerrada por el gobierno por la presión de líderes influyentes de la Iglesia católica. Esas instituciones contaron con misiones de profesores extranjeros provenientes de Francia, Estados Unidos y Alemania, pero con la nueva orientación de la Facultad Nacional de Filosofía de la Universidad de Brasil, la incorporación de maestros extranjeros siguió la nueva directriz. Paralelamente, la Iglesia católica transformó, también en Río, su Instituto Católico de Estudios Superiores (1932) en Facultad de Filosofía de las Facultades Católicas (1940) para, en 1946 fundar la primera universidad pontificia (PUC-RJ).

En Argentina, mientras las universidades nacionales eran dominadas por la "sociología de cátedra", un grupo de intelectuales liberales y socialistas, fundó el Colegio Libre de Estudios Superiores, en una coyuntura en donde el Partido Liberal, tras ocupar la Presidencia de la República (1916-1930), fue derribado, en 1930, por el golpe de Uriburu, que restauró el poder de las oligarquías tradicionales. Fuera del ámbito universitario, el nuevo Colegio se constituyó, durante el período peronista (1943-1952), en un espacio alternativo de debate y formación de cuadros políticos y universitarios, que más tarde, se integrarán a la Universidad de Buenos Aires.

La antropología también encontró respaldo institucional, en la misma época, en los tres países. México creó la primera institución latinoamericana para la enseñanza de la antropología: la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1934) y el Instituto Nacional Indigenista (1948). En Brasil, el Museo Nacional en Río de Janeiro que se dedicaba, en la época, a las ciencias naturales y a la antropología física, aunque muchos antropólogos extranjeros realizasen misiones de investigación. Sin embargo, fue en la Escuela Libre de Sociología y Política (ELSP) de São Paulo, donde algunos maestros extranjeros, bajo la influencia de los estudios de comunidad de la escuela de Chicago, formaron los primeros etnosociólogos brasileños. Fue solamente en 1955 que el Museo del Indio, en Río de Janeiro, empezó a ofrecer los primeros cursos de especialización en antropología. En Argentina, bajo la influencia europea, sobre todo alemana y belga, se formaron, desde 1932, siete centros que funcionaron con contactos internacionales, siendo los más activos los de La Plata, con su Museo Antropológico, y el de Tucumán.

La segunda convergencia se dio en la década de 1950-1960 cuando, en los tres países, comenzó el proceso de efectiva institucionali-

zación de la sociología como disciplina a través de la enseñanza y de la investigación.

En México, El Colegio de México creó los Centros de Estudios Históricos y de Estudios Sociales (1943), cuyo fundador (J. M. Echavarría) desempeñó un papel estratégico para las ciencias sociales latinoamericanas, con las traducciones de los clásicos de la sociología europea (Weber, Simmel, Pareto) publicados por el Fondo de Cultura Económica. En 1951, la UNAM fundó la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Ésta, algunos años más tarde, bajo la dirección de Pablo González Casanova, formó a los jóvenes sociólogos que hicieron, junto con otros colegas latinoamericanos, el primer posgrado en la Escuela de Sociología de la FLACSO/Chile (1957).

En Argentina, aunque las cátedras de sociología existiesen desde fines del siglo XIX en la capital, en Buenos Aires y en varias ciudades de la provincia, el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA) fue fundado, en 1947, en la cátedra de R. Levene, a la cual se vinculó Gino Germani. En 1950, fue creada la Revista y la Sociedad Argentina de Sociología. Con la desperonización y la reestructuración de la UBA, se fundó el Departamento de Sociología, el Instituto fue reestructurado y organizada la carrera de sociología (1957). La antropología, a su vez, instituyó su carrera en 1958 y la ciencia política solamente la implantó en 1968 bajo la influencia del derecho público. Sin embargo, entre 1910 y 1928, se publicó la *Revista Argentina de Ciencia Política* (1910-1928) y en 1957 se fundó la Asociación Argentina de Ciencia Política, afiliada a la IPSA. La Universidad Nacional del Litoral fue la única institución nacional que, desde 1969, ofrecía doctorados en ciencia política y diplomacia.

Dos importantes centros privados de investigación son de esa misma época: el Instituto de Desarrollo Económico (1958) y el Centro de Sociología Comparada (1963); se encontraban asociadas a ellos dos revistas especializadas: *Desarrollo Económico* (1958) y la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* (1965) que reunieron en sus consejos editoriales a científicos sociales de la región. También tuvieron gran importancia para la legitimación de las ciencias sociales en Argentina dos editoriales: Paidós, con su Biblioteca de Psicología Social y Sociología y Eudeba, vinculada a la UBA.

En Brasil, fue en la década de 1950-1960 cuando dio inicio la efectiva institucionalización de la sociología en la enseñanza y en la investigación con la conclusión de los doctorados de Florestan Fer-

nandes y sus asistentes en la Universidad de São Paulo, constituyendo alrededor de su cátedra de Sociología I, la reputada “escuela paulista de sociología”. En 1949, afuera del eje Río-São Paulo, fue creado por Gilberto Freyre el Instituto Joaquim Nabuco y en Bahía se desarrollaron importantes investigaciones sobre relaciones raciales en Brasil a través del acuerdo internacional con la Universidad de Columbia y la UNESCO, a las cuales se asociaron investigadores de Río de Janeiro y São Paulo. Otras instituciones en el área fueron creadas en Río de Janeiro: el Instituto de Derecho Público y Ciencia Política de la Fundación Getúlio Vargas (1954) y el Instituto Brasileño de Economía, Sociología y Política (1953), futuro Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), en 1955. En Minas Gerais, la Facultad de Ciencias Económicas implantó cursos de sociología y administración pública y un sistema propio de becas para los mejores alumnos, formando, a partir de la década de 1950, sucesivas generaciones de científicos sociales, algunos de los cuales hicieron posgrado en sociología en la FLACSO/Chile.

En esa misma década se organizó en la PUC-RJ la primera carrera en sociología y política y en la Universidad de Brasil, el Instituto de Ciencias Sociales, ambos en 1958. En 1960, se retomó la formación de antropólogos que había empezado en el Museo del Indio, ahora con cursos de especialización en teoría e investigación en antropología en el Museo Nacional, bajo la coordinación de Roberto Cardoso de Oliveira y Luis de Castro Faria, que estableció las bases de la antropología cultural y social en Río de Janeiro (Museo Nacional) y en otras regiones del país. Ese proceso de institucionalización también generó sus sociedades científicas: la Sociedad Brasileña de Sociología (1954) y la Asociación Brasileña de Antropología (1955).

En el mismo periodo, la producción editorial se amplió fuertemente con colecciones que se volvieron una referencia para la formación de historiadores y científicos sociales: se destacó en el periodo la Colección Brasiliana publicada en São Paulo por la Companhia Editora Nacional. Ésta, juntamente con la José Olympio de Río de Janeiro y la Globo de Pôrto Alegre, controlaban el 61% del mercado editorial. También se comenzaron a publicar las primeras revistas científicas de ciencias sociales: *Revista Sociologia* (ELSP, 1939); *Boletim Ciência e Trópico* (IJN/PE, 1952); *Cadernos do Nosso Tempo* (IBESP/RJ, 1953); *Revista Antropológica* (USP, 1953); *Revista de Direito Público e Ciência Política* (FGV, 1956); *Revista Brasileira de Estudos Políticos* (UFMG,

1957); *Bulletin Amérique Latine* (CLAPCS, 1958) y *Revista de Educação e Ciências Sociais* (INEP/RJ).

En Chile, comparado con Argentina y Brasil, la fase de la “sociología de cátedra” o del “ensayismo sociológico”, fue un movimiento intelectual menos relevante para la construcción de la sociología en tanto que disciplina. Las primeras generaciones de sociólogos profesionales no se consideraban herederos de esos precursores como en los otros países. Había una tradición disciplinaria más fuerte en la Facultad de Economía pero la institucionalización de la “sociología científica” se inició en la Facultad de Filosofía y Educación, con Eduardo Hamuy, después de regresar de Estados Unidos en donde hizo su posgrado, cuando asumió la dirección del Instituto de Sociología (1952); éste sustituyó al antiguo Centro de Investigaciones Sociológicas (1964). Más tarde, los sociólogos de cátedra retomaron el Instituto en 1962 y la sociología como disciplina en las universidades solamente volvió a aparecer en la década de 1960. La Universidad Católica de Chile creó en 1958 la Escuela de Sociología. A su vez, la antropología se institucionalizará una década más tarde, con la formación del Instituto de Investigaciones Sociológicas y el Instituto de Estudios Antropológicos, respectivamente. Queda por mencionar la importancia que tuvo la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Las ciencias sociales en Uruguay formaron parte del proceso de institucionalización en el Cono Sur, aunque hayan llegado más tarde que en los otros países. El periodo fundacional se extiende de 1958 a 1973, pero las disciplinas de mayor prestigio antes de la implantación de la sociología, eran la historia y la economía. En la época, el Instituto de Profesores Artigas (IPA) fue la institución más importante en la formación de maestros de historia para la enseñanza secundaria, y de él salieron varios historiadores que tuvieron un papel precursor reconocido por la generación de los científicos sociales. En la Universidad de la República, tanto el Instituto de Historia (1954) de la Facultad de Humanidades y Ciencias como el Instituto de Economía (1963), vinculado a la Facultad de Ciencias Económicas, preceden a las ciencias sociales modernas. Aunque la sociología de cátedra empieza en la década de 1930 (Prando), fue con Isaac Ganon cuando se implantó el Instituto de Ciencias Sociales en la Facultad de Derecho, en el cual Aldo Solari, como su sucesor, será la principal figura con proyección internacional. El año clave para las

ciencias sociales modernas fue 1969, con el concurso de jóvenes sociólogos que se habían formado en la FLACSO y en la EHESS. Éstos van a ampliar fuertemente las actividades de investigación y de enseñanza con la creación de la licenciatura en sociología (1970). Con la dictadura militar, ese proceso en la Universidad quedó interrumpido y las incipientes ciencias sociales se abrigaron en los centros privados. No fue sino hasta 1985 cuando se produce una reestructuración y consolidación de las ciencias sociales en Uruguay.

Se vuelve sumamente importante destacar la asociación entre institucionalización e internacionalización. Aunque en esos procesos de institucionalización nacionales hubiesen muchas y variadas influencias internacionales en la formación de los maestros, en los modelos institucionales de organización de la enseñanza y de la investigación resultantes de las misiones de enseñanza, de los intercambios de investigación y de la actuación de las organizaciones (UNESCO) y fundaciones internacionales (Ford Foundation), las dinámicas nacionales de las ciencias sociales se ligaron internamente a diferentes contextos institucionales y político-culturales propios.

Cabe mencionar que, en términos internacionales, la institucionalización de las ciencias sociales fue, al mismo tiempo, convergente y autónoma en los diferentes países y la UNESCO asumió un papel coordinador al permitir la reanimación de la disciplina (sociología) al salir de la segunda guerra para asegurar su promoción en numerosos países del tercer mundo: en 1949 se crea la Asociación Internacional de Sociología (ISA) que funda sucesivamente el *Boletín* y la *Revista Internacional de Ciencias Sociales* (1959), así como el Consejo Internacional de Ciencias Sociales. Así mismo, en América Latina se empezó a dar una circulación internacional significativa de economistas y científicos sociales entre varios países provocada por procesos de intercambio voluntario o forzado por razones políticas.

En la década de 1950-1960, las ciencias sociales se encuentran en rápido proceso de expansión e institucionalización en América Latina: en 1950, la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) se reunió en Córdoba por una convocatoria de Alfredo Poviña y Tecera del Franco. En 1951, tuvo lugar en Buenos Aires el I Congreso Latinoamericano de Sociología. Giuo Germani, en 1960, fundó la Asociación Sociológica Argentina, y en 1962, en Buenos Aires, se realizaron las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología con la participación de Giuo Germani, Jorge Graciarena, Torcuato di Tella,

Norberto Bustamante y de los invitados extranjeros: Costa Pinto y Miguel Diégues Jr. (Brasil), Aldo Solari (Uruguay), Pablo González Casanova (México) y José Agustín Silva Michelena (Venezuela).

Una de las formas de internacionalización de la sociología sucedió, desde 1958, a través de la formación posgraduada de sucesivas generaciones de sociólogos latinoamericanos formados en la primera Escuela de Sociología de la FLACSO/Chile, en donde algunos maestros, sobre todo europeos (Peter Heinz, Lucien Brams, Johan Galtung, etc.), dejaron su marca teórico-metodológica en los jóvenes sociólogos provenientes de varios países de América Latina y el Caribe (Argentina, Brasil, México, Uruguay, Perú, etc.). Más tarde, el perfil de la formación se diversificó por la creación de las Escuelas de Economía y Administración Pública. La FLACSO hizo también, en 1960, acuerdos de intercambio con la École Pratique des Hautes Études (Vème Section) de París, con la Universidad de Carolina del Norte y la Universidad de Chicago (National Opinion Research Center). En Río de Janeiro se fundó, en 1957, también ligado a la UNESCO, el Centro Latinoamericano de Investigaciones Sociales (CLAPCS) que editó la revista *América Latina*, primer periódico de ciencias sociales publicado en Brasil, con vocación latinoamericana.

En 1956, se realizó la primera investigación internacional entre Francia y Chile, resultado de la cooperación del Instituto de Sociología de Chile y el Centre d'Études Sociologiques de París. Se trataba de un estudio comparativo sobre "conciencia obrera" en dos empresas chilenas (Lota y Huachipato) en la cual participaron Alain Touraine, Jean Daniel Reynaud y Lucien Brams. Tras haber realizado su formación de posgrado en Inglaterra y Estados Unidos, Torcuato di Tella se involucró en la fase del análisis de los datos. Los resultados de la investigación fueron publicados en Chile y en Francia.

Como parte de los procesos de institucionalización internacionalizada inspirados en los modelos de las universidades europeas ligadas a la Iglesia católica y, generalmente, controladas por la orden de los jesuitas, merece ser resaltado el papel de las universidades católicas en la institucionalización de las ciencias sociales en Brasil, Chile y Argentina, a través de la creación de la carrera de sociología. En 1958 fue fundado el Curso de Sociología y Política de la PUC-RJ por el padre jesuita Fernando Bastos D'Ávila; en 1959, en Argentina, la carrera de sociología en la Universidad Católica y en Chile, la Escuela de Sociología, con un cuerpo docente predominantemente extran-

jero, proveniente de Bélgica, Holanda y Francia, que, con becas de la OEA, envió a chilenos a estudiar en el exterior. Los primeros becarios de la Católica —José Sulbrandt y Raúl Urzúa—, fueron enviados, con el respaldo del padre Roger Vekemans S.J., a la Universidad de California. El director de la Escuela fue Hernán Godoy quien, tras la toma de control del Instituto de Sociología de la Universidad de Chile por parte de los “sociólogos de cátedra”, migró a la Universidad Católica.

En Uruguay, Chile, Brasil y Argentina, inspirados por la metodología y las investigaciones del dominico francés Joseph Leuret, se formaron varios grupos de jóvenes profesionistas católicos que se iniciaron en investigaciones, hicieron diagnósticos y planes de desarrollo. Algunos de ellos fueron precursores de centros de enseñanza e investigación, como los “Equipos del Bien Común” de Juan Pablo Terra, en Uruguay, que más tarde organizaron el Centro de Economía y Humanismo (CLAHE), mismo que se constituyó en un espacio de formación alternativa durante la dictadura. En esos países, algunos estuvieron ligados a los partidos inspirados en la democracia cristiana europea: en Uruguay (Juan Pablo Terra), en Chile (Jacques Chonchol), en Brasil (Plinio Arruda Sampaio) y en Argentina a través de la Liga de los Estudiantes Humanistas. Estos últimos, bajo la influencia de Jacques Maritain, se organizaron fuertemente en la Facultad de Ingeniería de la UBA y fueron perseguidos por el peronismo (algunos se vieron obligados a exiliarse en Uruguay), otros se van a integrar al “ala social cristiana” del peronismo.

Otro momento importante de la internacionalización de las ciencias sociales en América Latina, especialmente la brasileña, ocurrió durante los gobiernos de Eduardo Frei y Salvador Allende en Chile, al volverse un ambiente intelectual y políticamente estimulante en una coyuntura de transformaciones políticas y sociales al igual que para el exilio latinoamericano, sobre todo el brasileño, debido también a las varias instituciones internacionales instaladas en su territorio. La presencia de un grupo de científicos sociales en la CEPAL, en Santiago, especialmente en el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planeación Económica y Social (ILPES), en la FLACSO y en otras instituciones fue muy importante para una mayor integración entre las ciencias sociales latinoamericanas que, después del golpe de Allende, desplazó su eje hacia México. El ILPES, del cual fueron directores José Medina Echavarría y Oscar Sunkel, fue la institución en donde

Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto escribieron los artículos que están en el origen de la Teoría de la Dependencia, en una de sus variantes más reconocidas en el intenso debate latinoamericano. Vale preguntarse si esta elaboración hubiera podido ser generada y debatida fuera del contexto chileno de la época.

Una nueva estrategia para la expansión de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe fue la fundación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en 1967: la idea del CLACSO nació en la Conferencia de Sociología Comparada, organizada en Buenos Aires (1964) por el Instituto Di Tella, dirigido por Enrique Oteiza. En octubre de 1966, se realizó en Caracas la Primera Reunión Latinoamericana de Directores de Centros e Institutos de Investigación en Ciencias Sociales, con la participación de centros originarios de diez países de América Latina, en la Universidad de Los Andes, en Bogotá. El economista Aldo Ferrer del CIDES fue escogido para ser el primer secretario general del CLACSO. Los brasileños que participaron en el acto de fundación fueron: Hélio Jaguaribe del Instituto de Investigaciones Sociales de la Sociedad Brasileña de Instrucción (RJ); Isaac Kerstenetzky del Instituto de Economía de la FGV-RJ; Julio Barbosa del Departamento de Ciencia Política de la UFMG. La USP no estaba representada en la fundación del CLACSO.

Con sede en Buenos Aires, el CLACSO tuvo en su fase inicial, dos importantes liderazgos: Aldo Ferrer, que se volvió su primer secretario general, recorrió América Latina para discutir la propuesta del Consejo y Enrique Oteiza, su sucesor, que fuera dirigente del Instituto Di Tella. Los primeros comités directivos del CLACSO estuvieron constituidos por Gino Germani y Enrique Oteiza (Argentina); Raúl Prebisch (Chile); Enrique Iglesias (Uruguay); Hélio Jaguaribe y Julio Barbosa (Brasil); Luis Lander (Venezuela); Orlando Fals Borda y Luiz Ratinoff (Colombia); Víctor Urquidí y Rodolfo Stavenhagen (México) y José Matos Mar (Perú). A partir de 1970, Fernando Enrique Cardoso ingresa al Comité juntamente con Hélio Jaguaribe; en 1972, Ricardo Lagos entra por Chile y Edelberto Torres Rivas por Centroamérica. En 1974, Juez Brandão Lopes sustituye a Cardoso.

En realidad, el CLACSO desempeñó un papel federalizador y estratégico en la articulación de los centros de investigación en América Latina: reuniendo los principales centros (pasó de 35 a más de 100) se volvió una instancia transnacional para definir la política de expansión del área y una especie de colegio invisible en donde las de-

cisiones en política científica en el campo de las ciencias sociales eran tomadas fuera del control de los estados nacionales. Aparte del secretario general que coordina las actividades del CLACSO, existe un pequeño colegiado (Comité Directivo) que define colectivamente las líneas de actuación política del Consejo. Algunos países, desde su fundación, tuvieron con sus representantes una presencia sobresaliente. El núcleo duro del Comité estaba constituido por representantes de centros afiliados de los principales países, en donde se encontraban los más prestigiados científicos sociales.

En términos temáticos, es interesante acompañar la evolución de los Grupos de Trabajo (GT) que se organizan progresivamente alrededor de 15 temas definidos en función de una demanda cualificada de investigadores o de una política inducida, aprobada por el Comité Directivo. Las temáticas que cubren los grupos van desde estudios urbanos, desarrollo rural, ciencia, tecnología hasta sociedad y dependencia. En la década de 1980, el número de los GT se duplicó, incluyendo temas más abarcadores: "población y desarrollo" y "teoría del Estado y de la política". Merecen destacarse los esfuerzos del CLACSO en el campo del posgrado. Frente a carencias regionales, fue implantado, de forma itinerante, entre 1974 y 1982, un Curso Latinoamericano Avanzado en Sociología Rural. Éste formó a 81 alumnos en las sucesivas capitales en donde se instaló: Asunción (1974-1975); Quito (1976-1977); San José (1978-1979) y Santo Domingo (1980-1982). Sin embargo, hubo un segundo programa más ambicioso, que reunió a 48 sociólogos, científicos políticos y antropólogos del más alto nivel de varios países, distribuidos en cinco grupos de trabajo con el objetivo de formar una masa crítica para crear programas de doctorado, cuyas sedes serían Santiago, Buenos Aires, Río de Janeiro y São Paulo. Estos programas no se pusieron en práctica por razones estrictamente políticas, derivadas del golpe militar en Chile, aunque incluso ya estuviese asegurado el apoyo financiero del PNUD/Naciones Unidas y de la División de Ciencias Sociales de la UNESCO para becas y maestros visitantes.

Es importante resaltar que fue muy importante para el desarrollo de las ciencias sociales brasileñas su inserción latinoamericana como una de las formas de internacionalización. Es indiscutible el papel de la misión francesa y la presencia de sociólogos norteamericanos y alemanes en la formación de las ciencias sociales de la USP y de la ELSA, aunque no se puede dejar de reconocer la internacionalización

producida por el intercambio entre los países de América Latina, en las décadas de 1950 a 1970, así como el papel de las universidades, organizaciones internacionales y transnacionales, de las revistas especializadas y de las editoras de la región. A partir de 1964, con el golpe militar en Brasil, se volvió estratégico el apoyo de la Fundación Ford para la formación e institucionalización de las ciencias sociales y también la contribución de las investigaciones de los *brazilianistas* oriundos de Estados Unidos. Es muy cierto que, a partir de la fundación de la ANPOCS en Brasil, en 1977, se estableció una red nacional de programas de posgrado e investigación en ciencias sociales, a través de la integración de los investigadores en grupos de investigación (GT), lo que se va a reflejar en un menor interés de los centros en vincularse con el CLACSO.

El periodo que va de 1970 al 2000 será de institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales en América Latina, que comenzó con la expansión del posgrado, especialmente en Brasil, durante la dictadura militar con la ley universitaria de 1968. El número de cursos de posgrado en América Latina, en 1994, era: especialización (2 707); maestría (4 437) y doctorado (1 417). En la distribución entre los países, en 1994, 71% de las maestrías y doctorados estaban en Brasil y México, 23% en Argentina, Chile, Colombia, Perú y Venezuela y 6% en los demás países. En términos de calificación de los maestros (1992-1994), la distribución es diferenciada: Brasil va al frente con un 55.2% de maestros y 22% de doctores; México con 28.7% y 3.5%, mientras Argentina tiene 26.3% y el 12.0% y Chile, 18.3% y 12.5%, respectivamente.

#### 4. ORIENTACIONES, TEMAS Y PERSPECTIVAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Nuestra hipótesis básica es que los procesos político-sociales de la región han constituido el objeto principal de las ciencias sociales y han moldeado su trabajo. A su vez, ellas han contribuido a definir su significación y han influido en sus dinámicas y, en parte, en sus resultados.

A pesar de la diversidad de orientaciones teóricas y contenidos de las ciencias sociales en la región podemos realizar cierto tipo de

análisis transversal, basándonos en la periodización que ordena los diferentes casos nacionales en este libro:

- 1] la fase fundacional de las disciplinas, cuyo nacimiento suele coincidir con proyectos académico-políticos;
- 2] periodo de ruptura con la fase anterior debido a la crisis de los proyectos previos y, sobre todo a la presencia de los regímenes autoritarios (Brasil, 1964; Argentina, 1966 y 1976; Uruguay, 1973 y Chile, 1973);
- 3] un tercer periodo asociado a los procesos de transición a regímenes democráticos que coincide con el resurgimiento o consolidación de enfoques alternativos desde mediados de los ochenta

En todo caso, sólo podemos concentrarnos en lo que hay de común en la región y desde una perspectiva general y no de las prácticas particulares de cada una de las disciplinas. Como se ha indicado, no obstante las similitudes, no hay una correspondencia absoluta entre los distintos periodos de institucionalización de los diferentes casos nacionales. Brasil, por ejemplo, cuya fase fundadora se inicia a mediados de los años treinta y cuyo momento de ruptura va entre mediados de la década de los sesenta y mediados de los ochenta, marca un contrapunto con relación a los otros casos. A este desfase cronológico hay que agregar atributos culturales y procesos sociopolíticos específicos que dejan su impronta en la producción académica científico-social, particularmente en el último periodo con el resurgimiento de la etnografía y el enfoque estructuralista en el abordaje del indigenismo y el multiculturalismo. En los casos de Argentina y Chile pareciera existir un desfase menor en el primer momento, toda vez que sus fundaciones datan desde los años cincuenta, lo que en Uruguay es más tardío. Sin embargo, los momentos de ruptura y de refundación difieren notablemente, lo que hará que las temáticas tales como desarrollo, dictaduras, cambio social e integración regional no se aborden simultáneamente.

En el caso de México, como en el de Brasil, el proceso fundacional comenzó más temprano con tres eventos que ocurren en momentos diversos. Éstos fueron: la llegada de José Medina Echavarría, la creación del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma y la creación de El Colegio de México, fundado por exiliados de la guerra civil española a principios de los cuarenta. En

relación con los otros periodos, una diferencia importante entre el caso mexicano y los otros tres casos es que, al contrario de los países de América del Sur, México no experimentó dictaduras militares en los sesenta o setenta. Sin embargo, el endurecimiento del régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI), la presencia crucial de intelectuales sudamericanos exiliados huyendo de sus dictaduras militares, y la mantención de un clima de libertad académica, generaron una situación, desde el punto de vista de orientaciones y perspectivas, que no difiere significativamente de la que se dio en los otros países. Así, en México hubo, primero, sobrevivencia y radicalización de lo que llamaremos el modelo científico-crítico, con el marxismo como orientación predominante. Luego esto fue acompañado o en cierto modo remplazado por la autocrítica basada en la revalorización de la democracia política y, finalmente, se produce la diversificación de las ciencias sociales abordando una variedad de temáticas específicas sin un paradigma único. Estas tres orientaciones se dieron en diferentes tiempos en todos los otros casos.

Las temáticas y contenidos en la fase fundacional pueden sintetizarse esquemáticamente en dos grandes perspectivas o modelos de ciencias sociales, cuya presencia irá cobrando especificidades dentro de cada país de acuerdo con sus particulares momentos de institucionalización y sin que haya que forzar este esquema para todas las actividades de las ciencias sociales ni tampoco para todos sus cultivadores. Ambas perspectivas o modelos tienen en común, a diferencia de lo que vendrá más adelante, el que se desarrollan sobre la base de grandes paradigmas.

Por un lado, está lo que se ha llamado el proyecto científico-profesional caracterizado por el predominio del enfoque estructural-funcionalista, acompañado, en general, del uso de técnicas cuantitativas de recolección y medición de datos empíricos. Aquí la aproximación científica seguía los estándares, sobre todo aunque no exclusivamente, de las disciplinas en Estados Unidos y reflejaba una preocupación, con predominio de la sociología, por aspectos de la sociedad que podrían definirse bajo los conceptos de "desarrollo" o "modernización". Entre los temas principales cabe destacar las vías o estilos del desarrollo, la estructura y reforma agraria, la integración urbano marginal o la formulación y el diseño de políticas estatales sectoriales, entre otros. Aunque no quepan adscripciones estrechas de los diversos trabajos a estos proyectos, y sólo como ilustración para el conjun-

to de la región, pueden recordarse las obras emblemáticas de Germaini (*Política y sociedad en una época de transición*) y la CEPAL (*El desarrollo social de América Latina en la posguerra*).

El segundo modelo equivale al proyecto científico-crítico y estuvo muy ligado al marxismo académico. En algunos casos la variedad predominante fue el marxismo estructuralista con influencias decisivas de Althusser y Poulantzas y adquirieron un carácter de manual de divulgación en los trabajos de Marta Harnecker. Aquí la disciplina predominante fue la economía política con la perspectiva de una ciencia única de la sociedad. En tal sentido, se destacó el análisis comprensivo y global de la sociedad poniendo en el centro de sus preocupaciones temas que se inscriben dentro de la problemática del "capitalismo dependiente" o de las "vías al socialismo", por ejemplo, la estructura y lucha de clases, los partidos políticos, los procesos políticos y la ideología. En otros casos, la vinculación de los estudios de orientación marxista eran más cercanos a los textos clásicos. Para esta variedad, la preocupación central era el estudio de las formas de penetración y desarrollo del capital y de la emergencia de las clases y agentes sociales de sello capitalista. Sin duda que la obra emblemática, aunque no tenga las connotaciones propiamente marxistas fue *Dependencia y desarrollo* de Cardoso y Faletto. Ella se liga más a una tercera orientación que no se identifica exclusivamente con ninguno de los dos modelos mencionados, relacionada con los trabajos de la CEPAL, y que fue denominada "histórico-estructural".

Tanto en la versión científico-profesional como en la versión científico-crítica, el eje central fue teorizar e investigar el tema del cambio social, siendo la sociedad histórica, más que lo social abstracto el foco principal del análisis. En tal sentido, la sociedad fue abordada como un sistema articulado en estructuras —económicas, políticas, sociales, culturales— que se determinaban unas a otras según leyes de tipo universal. Así, las sociedades terminaron siendo caracterizadas monolíticamente a partir de un factor determinante. En el caso del modelo científico el tipo de determinismo podía privilegiar lo cultural, mientras que para la corriente crítica lo más común es que fuera de carácter económico-social; no obstante, en ambos la naturaleza social se basaba en un componente estructural. De este modo, las sociedades eran conceptualizadas como socialistas o capitalistas, modernas o tradicionales, desarrolladas o subdesarrolladas, democráticas, autoritarias o totalitarias en función del factor que las determi-

naba en última instancia. Por su parte, el cambio social era definido como el paso de un tipo de sociedad a otra, determinado también por un factor estructural. Bajo esta perspectiva los actores sociales tienden a identificarse y definirse desde fuera de ellos mismos y a ser analizados más como "agentes" que como sujetos, en tanto el sentido de sus acciones venía predefinido por las orientaciones teóricas o ideológicas.

En el periodo de ruptura del modelo fundacional, con las reservas hechas para el caso mexicano, las temáticas y contenidos fueron condicionados por el contexto de represión institucional propio de los regímenes autoritarios y por la demanda de las fuentes de financiamiento de las ciencias sociales. Se trató de un periodo de diversificación y de ampliación de la investigación centrada en focos temáticos y teorías de alcance medio con marcos teóricos combinados con enfoques que fundían más las disciplinas y con una mayor presencia de los análisis politológicos. De ahí que hubo una suerte de refundación de todos los marcos analíticos previos. En este contexto, se desarrollan y consolidan campos temáticos como cultura y comunicación, salud y sociedad, educación y sociedad, nuevos actores sociales, por ejemplo, los que se transforman en áreas de especialización que atraviesan las disciplinas. Quienes trabajan en éstas y otras áreas buscan vincular su estudio de procesos específicos con teorías de nivel macro.

Con posterioridad a un repliegue investigativo inicial, los temas y contenidos se orientaron a la comprensión de las transformaciones estructurales e institucionales y, a diferencia del periodo anterior, se instalaron temáticas en las que aparecía con más fuerza la presencia de los actores sociales. A su vez, se complementaron las técnicas de análisis estadístico (al menos en Argentina, Chile y Uruguay las encuestas estuvieron oficialmente prohibidas), con las observaciones sistemáticas y las prácticas de la investigación-acción, especialmente de trabajo documental en comunidades. Por otra parte, y a diferencia de lo que ocurrió en la década de los sesenta y principios de los setenta, ya no se recurría a marcos teóricos omnicomprendivos. Como contraparte hubo un cierto rezago de la reflexión teórica propiamente tal y un retardo particular en la evolución teórico-metodológica de algunas disciplinas.

Con relación a los campos de preocupación intelectual o de investigación, hay al menos dos áreas. La primera referida al campo polí-

tico-institucional, incluye los estudios sobre determinados periodos y procesos políticos, donde van a primar, en primer lugar, el análisis de la crisis que llevó al autoritarismo, y luego el carácter de éste tanto respecto del estado como de los actores en el poder, especialmente militares y su imbricación con sectores socioeconómicos dominantes, así como su inserción en los procesos económicos del capitalismo mundial. El análisis de los regímenes autoritarios seguirá tres grandes vertientes complementarias, una más sociológica y vinculada a la economía política, que los ubica como parte de una crisis y recomposición capitalista nacional e internacional, otro, en que se privilegia los análisis provenientes de la ciencia política que los estudia más como un tipo particular de régimen político y una tercera que los estudia sobre todo desde la perspectiva del actor militar. Los trabajos de Guillermo O'Donnell sobre el estado burocrático autoritario, son una buena ilustración de la producción de las ciencias sociales del periodo.

La segunda área comprende la caracterización de las nuevas estructuras de la sociedad, reflexión orientada a abordar la naturaleza de las transformaciones estructurales e institucionales. El impacto de las dictaduras en distintos campos de la vida social se consolida como un campo de estudio en el que predominan los análisis críticos. Principalmente se consideran los efectos del modelo neoliberal sobre las transformaciones político-institucionales y las relaciones entre el estado y la sociedad civil. Otros ámbitos más específicos son: la violación de los derechos humanos y la transformación del aparato de Estado a nivel central y local o descentralizado. Tras los análisis de estos campos particulares, surge la cuestión de si se está en presencia de un proceso de cambio social originado tanto por la crisis de los modelos previos como por el cambio de modelo de desarrollo, un nuevo sistema institucional y un modelo cultural que se inscribe en un nuevo orden mundial. Esto implicó un análisis de la ideología que orientó tales transformaciones y de las políticas específicas que las implementaron. En este campo la organización social y los nuevos actores sociales, definidos como "nuevos movimientos sociales" o "renacimiento de la sociedad civil" se constituyeron en ejes temáticos centrales que precederán a los análisis de democratización política.

El eje de enlace entre el periodo de las dictaduras militares y los regímenes postautoritarios y sus diferentes trayectorias es sin duda la democratización política o transición democrática, la que junto con

la reflexión e investigación sobre las transformaciones provenientes del cambio de modelo de desarrollo y la globalización y sus efectos sociales, constituyen el núcleo temático de los últimos largos años de las ciencias sociales en la región. Una ilustración de ello son los análisis latinoamericanos del volumen clásico de O'Donnell, Schmitter, Whitehead sobre las transiciones. El giro desde el análisis de los regímenes dictatoriales se hace ya sea en términos del proceso mismo o de actores o ámbitos específicos, dependiendo del particular momento histórico. La pregunta en el trasfondo sigue siendo si estamos en presencia sólo de un cambio de régimen o si asistimos a un cambio de época y del tipo de sociedad.

Más allá de las particularidades de procesos de transiciones o democratizaciones significativamente distintas, puede decirse, al menos, que parecen coexistir dos orientaciones generales que se manifiestan de manera particular en el interior de cada uno de éstos.

Por un lado, el análisis referido a los procesos más globales o macros se concentra en la construcción de la democracia política. Luego de los análisis de las transiciones y, a partir del diagnóstico común de que si bien se han consolidado los regímenes democráticos estamos en presencia de democracias incompletas, la dimensión que cobra mayor relevancia en la reflexión de las ciencias sociales es la calidad y relevancia de la democracia. A esto se agrega la democratización social concebida como la superación de las desigualdades sociales y la extrema pobreza; los efectos de los ajustes económicos estructurales y la transición hacia un nuevo modelo de desarrollo. Finalmente está el debate en torno al modelo de modernidad, esto es, las relaciones entre globalización e identidades nacionales.

Por otro, hay un giro desde ensayos generales e interpretativos sobre la sociedad, hacia estudios empíricos más monográficos y sectoriales, con una especial atención a las dimensiones metodológicas y técnicas, tanto de la recolección de datos como de su análisis. Aquí cabe destacar temáticas como las referidas a procesos de exclusión-inclusión, estratificación social, estudios de género, ciudadanía, movilidad social, estado, gobierno y políticas públicas; reforma del estado, democratización y gobernabilidad.

El tema del estado, como agente de unidad nacional, de desarrollo y modernización, y también de dominación, aparece en un lugar privilegiado cuando se habla de épocas de cambio de régimen político y también de transformación social a través de procesos de mo-

dernización. Sin embargo, la reflexión más académica sobre la dimensión histórica del estado y sus relaciones con la sociedad, tiende a ser subordinada en los análisis de reforma del estado por las visiones más instrumentalistas ligadas a instituciones financieras internacionales que destacan los elementos de eficiencia y adecuación al modelo socioeconómico.

Por otra parte, en una sociedad en la que el cambio no se reduce a la dimensión de régimen, los estudios sobre la cultura cobran un interés creciente, ya sea a través de la discusión general del sentido de las transformaciones culturales; ya sea a través del estudio de la cultura popular. A esto se agrega la expansión y consolidación de áreas tales como el trabajo, la ruralidad, movimientos sociales, género. En muchos de estos casos el enfoque predominante será situar los procesos estudiados en los procesos de democratización por un lado, y de globalización por el otro.

Las temáticas definidas desde una perspectiva socioeconómica tendrán también una presencia significativa. Desde la sociología y en menor grado desde la antropología, ellas estarán en directa relación con la intervención en problemas sociales y con el ámbito de las asesorías técnicas al sector público-estatal en programas sociales. A su vez, los requerimientos del modelo de mercado darán origen a tareas de interpretación sociológica y antropológica en el campo de las nuevas pautas de consumo y de la estratificación a partir de estudios de mercado.

Es posible que los trabajos de la CEPAL sobre equidad y ciudadanía y los informes por país del PNUD sean una buena ilustración, siempre parcial, de las actuales orientaciones y contenidos de las ciencias sociales.

Entre los cambios más significativos que se producen en las orientaciones de las ciencias sociales en los últimos años está el que las reflexiones e investigaciones sobre la sociedad parecieran dejar de lado una teoría crítica general de ella o una mirada de conjunto que revele escenarios posibles desde una visión prospectiva de la sociedad deseable. La dimensión crítico-utópica parece perder fuerza. Hay también menos reflexión sobre la disciplina y más sobre el uso que la sociedad hace del conocimiento de las ciencias sociales. Esto último tiene que ver con un reposicionamiento en el mercado profesional de las disciplinas. Así, más que un gran tema de debate e investigación o la interpretación de la realidad mediante teorías totalizantes, des-

tacan los procesos sociales segmentados que se abordan desde diversas y particulares aproximaciones teóricas, metodológicas y profesionales. Esto implica una mayor diversificación temática e investigativa que se desarrolla tanto en el ambiente académico como profesional. Estamos, así, en presencia de unas ciencias sociales donde predominan las teorías de alcance medio, recurriendo a fuentes diversas y revitalizando el uso de la historiografía. Pareciera que se debilitan las fronteras internas de las disciplinas, lo que hace pensar en que lo que se autonomiza y fortalece son las áreas de problemas o focos temáticos más que las miradas disciplinarias.

En síntesis, en el periodo fundacional, las ciencias sociales estuvieron orientadas por la preocupación por el entorno social, es decir, por una sociedad específica e histórica. La pregunta era si nuestra sociedad era moderna, industrial, en desarrollo, capitalista o dependiente. En la fase de ruptura hay un estallido del modelo previo debido a diversos fenómenos asociados al término de la matriz nacional-popular bajo los autoritarismos militares, los procesos de globalización y transformación del modelo de desarrollo, la crisis del marxismo ideológico y académico, el surgimiento de nuevos actores identitarios y de otros actores públicos (tales como ONG, movimientos de derechos humanos, medio ambiente, etnia, género). Las nuevas orientaciones analíticas que se configuran en la fase democrática parecen dar cuenta del término de una visión basada en paradigmas excluyentes. Más que la postulación de nuevas teorías, como hemos dicho, estamos en presencia de concepciones o teorías de "alcance medio" orientados a la descripción, análisis e interpretación de procesos específicos para abordar la realidad desde una parte de ella. Quién sabe si ello se explica en gran parte porque estamos en presencia de sociedades que no parecieran tener una problemática central a partir de la cual construir un modelo, proyecto o contra-proyecto teórico.